

Rusia, el triunfo de Putin

Por: Oscar Merlo. 30/03/2024

Fabrizio Casari

Con una aplastante victoria electoral del presidente Vladimir Putin, las elecciones rusas han llegado a su fin. Las votaciones han durado tres días, los necesarios para cubrir el país más grande del mundo: un inmenso territorio de más de 17 millones de kilómetros cuadrados, 11 husos horarios diferentes y 112 millones de votantes sobre 146 millones de habitantes.

La estadística que salta inmediatamente a la vista es la de la participación: un récord histórico, con un 77% de votantes que depositan su papeleta mientras que, en Occidente, por término medio, esta cifra no llega al 50%. Tras el anunciado hundimiento de la economía y la segura derrota militar en Ucrania, la lista de los deseos frustrados de Occidente se amplía.

La participación en la votación fue de hecho una de las pruebas que la corriente dominante atlantista y rusófoba asignó a la credibilidad y fiabilidad del proceso electoral, y su magnitud demostró cómo los rusos no se dejan intimidar en absoluto por las campañas terroristas occidentales, que en un esfuerzo por desalentar la participación habían anunciado posibles atentados, disturbios en los colegios electorales y protestas llamativas contra Putin.

El fracaso de las supuestas protestas también mostró cómo el aparato de espionaje occidental se ha mordido las uñas, cómo está experimentando una crisis en su campaña de reclutamiento. Hay un dato sociológico en el voto que no puede pasarse por alto: el resultado muestra que el apoyo a Putin no procede de determinados sectores de la sociedad, que uno quisiera ver como los más garantizados.

Por el contrario, las proporciones del voto asignan al apoyo a Putin una transversalidad social, cultural y territorial, que mantiene unidas las regiones más aisladas con las más céntricas, las zonas urbanas con el campo. El único dato que difiere de la media, obviamente significativo desde el punto de vista político, es ese pico de consenso que Putin obtiene precisamente en las zonas del Donbass

liberadas de la ferocidad del neonazismo ucraniano, con picos de consenso a Putin que alcanzan el 94 por ciento de los votos.

También existe lo que en ciencia política se denomina «voto de bandera», el consenso patriótico que surge cuando el país se encuentra en un conflicto internacional. Sí, también fue un voto de guerra, un voto de unidad interna frente a un enemigo exterior. Expresa solidaridad con los compatriotas ucranianos de habla rusa sometidos a ocho años de bombardeos y agresiones de los nazis de Kiev y nos recuerda que las sanciones contra Rusia no empezaron con la Operación Militar Especial, sino más o menos con el renacimiento ruso tras el doloroso y vergonzoso interludio de Yeltsin.

Los rusos indican que se sienten protegidos por el Kremlin, que se identifican con la demostración de fuerza y resistencia frente a las amenazas militares, las sanciones y los intentos de aislamiento internacional que son contenidos y repelidos. Se identifican con la línea política de Putin hasta la fecha y creen que la confrontación con Occidente no es una decisión de Moscú, pero que nunca puede verle dar marcha atrás.

Luego, por supuesto, el voto expresa tanto la satisfacción por los resultados de la economía, que por primera vez en la historia compite con la de Occidente y no se ve aplastada por el peso de las sanciones, como la percepción precisa que tienen los rusos del contexto internacional, de la hipocresía occidental que mientras habla de paz rodea a Rusia de bases de la OTAN y de intentos de golpe de Estado, de amenazas, de maniobras militares y de apoyo a formaciones y gobiernos abiertamente inspirados por la nostalgia del nazi-fascismo.

El resultado de las elecciones es, por tanto, un éxito absoluto para los dirigentes del país. La gente en Occidente suele decir «la Rusia de Putin», pero esto es un craso error de análisis. Es Putin el hijo de Rusia, de su identidad cultural, política e incluso religiosa, de su sed de soberanía e independencia y de su ambición de protagonismo en la gobernanza internacional.

Los rusos se sienten un pueblo que, por mérito y tamaño histórico, está en el haber del mundo, al que garantizaron la derrota primero del imperio napoleónico y luego del nazi-fascismo. Si hoy en Europa podemos hablar hipócritamente de Unión Europea, democracia y elecciones, es sólo gracias al sacrificio de los rusos. Y esto no hay revisionismo que lo pueda ocultar.

Los rusos también han votado a favor de que se detenga a la OTAN, o mejor aún, que se la degrade de las posiciones que ha ganado comprando a la clase dirigente de algunos de los países eslavos, dando aliento a la nostalgia nazi presente en Europa del Este y particularmente en Polonia y los países bálticos, así como en Ucrania. En el fondo, se trata de la repetición histórica de lo que existía en los años 30 y representaba la parte blanda de Europa que permitió a Hitler expandirse hasta convertirse en una amenaza mortal.

Hoy, vista por los rusos y con las diferencias obvias, la situación parece estar dotada de algunas similitudes preocupantes en lo que respecta al intento de comprimir a Rusia y convertirla en un enorme mercado de esclavos a disposición de Occidente. Es difícil argumentar que esta lectura es hija de una psicosis colectiva, dado que se apoya en los últimos 25 años de ampliación de la OTAN hacia el Este. Está claro que el diseño imperial estadounidense prevé primero la derrota rusa y luego la china, y que la ampliación de la OTAN hacia el Este va a continuar.

Los rusos también han votado a Putin porque le reconocen la capacidad política y la autoridad necesarias para enfrentarse al expansionismo occidental y proteger los intereses rusos. Que la UE y EEUU no reconozcan los resultados es indiferente para los rusos y su establishment. Mucho menos les indigna oír a la Casa Blanca decir que la votación es irregular cuando su antiguo inquilino, Donald Trump, ha afirmado en repetidas ocasiones que las elecciones estadounidenses son fraudulentas.

La votación tendrá un reflejo directo en el conflicto de Ucrania que hay que tener en cuenta. El respaldo popular obtenido por Putin pesará decisivamente en las posibles negociaciones de alto el fuego en Ucrania y en el contenido de cualquier acuerdo entre Rusia y la OTAN. Con la fuerza de este consenso, Putin podrá negociar todos los aspectos de la seguridad rusa en un marco de seguridad regional y mundial.

Los países atlantistas, como en todas las ocasiones en que pierden, también pueden decir públicamente que el voto está falseado, que no reconocen su valor

político, pero saben perfectamente que no hay forma de producir un consenso tan amplio y profundo si no existe en la realidad. Los rusos votaron y expresaron un plebiscito por su presidente inimaginable en cualquier país occidental.

Gobernar con el voto de una minoría y los intereses de una minoría y calificar de antidemocrático el voto de una mayoría y los intereses nacionales es una paradoja de la narrativa occidental. Los rusos votaron para reafirmar la autoridad política y la invulnerabilidad de Rusia, así como el respeto a su esfera de influencia, estableciendo una dimensión de seguridad que no puede ser pisoteada por los engaños de Occidente.

De esto se trataba, esto es lo que salió de las urnas rusas. Cualquier valoración que no sea bazofia ideológica sin sabor debe partir de aquí. Hoy Vladimir Putin es más fuerte que ayer. Guste o no.

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: nicaleaks

Fecha de creación

2024/03/30